

E. MIRET MAGDA LENA

Resulta una tarea imposible escribir una biografía de Jesús. Creyentes de cualquier observancia (salvo los ingenuos y famosos historiadores católicos, como Willam, Ricciotti y Papini, o el protestante Stauffer) lo admiten así, igual que los historiadores no creyentes. Esta es la razón por la que han existido muchos tipos de vidas de Jesús, todas ellas insatisfactorias.

El famoso escriturista, padre Lagrange, O. P., lo dijo a principios de este siglo, declarando que "los Evangelios son la única vida de Jesús que se puede escribir". Relatos sobre el personaje Jesús, son posibles; una biografía detallada o suficientemente completa, no.

Al mismo tiempo aseguraba también el padre Lagrange otro hecho vital que está en línea con la más moderna forma de intentar hacer historia: "los Evangelios son la única clave de la experiencia cristiana en el curso de los siglos". No son crónicas más o menos desordenadas y asépticas, sino relatos positivamente vitales para el cristiano, porque captan en ellos una vida que le atrae, le alienta y le inspira por encima de los detalles exteriores, y pueden ser una clave siempre que no se utilicen únicamente al estilo de la historia racionalista puramente crítica, que inició Ranke y canonizó Seignobos casi al comienzo de este siglo (en el año 1897, en que publicó éste su Método histórico). La "física de la historia", que parecía el colmo de la ciencia histórica, ha fracasado en el ámbito de lo religioso, así como en el ámbito de lo profano.

De un modo palmario se puede comprobar esto cuando se estudia el fenómeno humano-religioso del cristianismo. Nadie puede entenderlo con el solo empleo de la razón abstracta, o guiado por un prejuicio contrario que invalide la necesaria comprensión "simpatía" de la historia viva.

El "documento" (que es el Evangelio en lo religioso o cualquier otro dato escrito en lo profano) no puede sólo ser diseccionado (aunque es necesario hacerlo en una fase previa), sino que precisa también "la comprensión del documento" (I. H. Marrou, De la connaissance historique. Ed. Seuil, 1954). Hace ya quince siglos decía de los hombres San Agustín "que no se puede conocer a ninguna persona, sino por la amistad". Y la historia es, sobre todo, conocimiento de hombres.

Para estudiar el Evangelio —como dice el profesor Marrou— no sólo necesitamos utilizar los métodos de la "historia de las formas" literarias (inventada en 1919 por Dibelius, y en 1921 por Bultmann), y hoy aceptada por todos, sino que necesitamos dar un paso más allá para conocer algo de la vida del personaje llamado Jesús. Un Evangelio "no es una colección de procesos verbales y series de acontecimientos más o menos exactos, no se propuso su autor suministrar una documentación para hacer historia historizante, sino otra cosa: transmitir en la

perspectiva existencial de la enseñanza de la Iglesia primitiva, el conocimiento de... la imagen de Jesús salvador —humano y religioso— de los hombres" (o. c.). Los datos de la física de la historia —cronología, exactitud matemática— les dejaron indiferentes a los primeros cristianos, que fueron quienes plasmaron estos relatos.

La clásica teoría de los testimonios convergentes para deducir lógicamente la existencia de un hecho histórico, es ejemplo de una evidente simplificación que "haría olvidar lo que cada uno de esos testimonios tiene de más valioso, por ser más matizado, sutil, real y cercano de la inagotable complejidad de la realidad humana" (o. c.).

Aplicando los criterios racionalistas superficiales al problema de Sócrates, se pensó que su figura histórica era la que daba Jeno-fonte, el severo compilador de datos, y no la de Platón, el discípulo querido. Pero hoy

LAS VIDAS DE JESUS

hemos llegado a concluir lo contrario, tras los fracasos de una historia así concebida: "una figura tan destacada como el filósofo Sócrates no nos dejó nada escrito, y, sin embargo, gracias principalmente a los diálogos de su discípulo Platón, sabemos más de él que de cualquier otra persona de la antigüedad griega, como dice H. Kuhn" (W. Trilling, Jesús y los problemas de su historicidad. Ed. Herder).

Lo mismo ocurre con la figura de Jesús: "el Evangelio de Jesús y testimonio de fe de la Iglesia primitiva están indisolublemente unidos, y no hay que aislar ninguna de estas dos realidades" (J. Jeremías, Le problème historique de Jesus-Christ). Lo químicamente puro es imposible en el quehacer histórico; por eso O. Cullmann discute con razón la pretendida neutralidad de la historia de las formas literarias, porque sin darse cuenta "introduce un juicio dogmatizante que heredó del liberalismo protestante". Sin perder nada de su complejidad vital es, a través de ese complejo relato vivo que son los Evangelios y que tienen varias capas y niveles históricos, como podremos llegar a percibir, algo de la realidad vital que lo fundamenta y que es el personaje Jesús.

Estos textos de fe religiosa escritos por los primeros cristianos, además, no son preferentemente ideológicos —en el sentido más amplio de la palabra—, sino factuales: la religión cristiana es una religión del hecho

más que de la ideología: el Evangelio tiene evidentemente ideas, pero no es a través de ellas como quiere orientar a sus seguidores, sino con hechos significativos. La Biblia toda es una historia de la salvación encarnada en los avatares de un pueblo, y de unos personajes, y de no un catecismo de conceptos con preguntas y respuestas, como el del padre Ripalda o el del padre Astete, que educaron tan equivocadamente nuestra infancia religiosa.

Llegando al extremo caricaturesco, en el empleo de estos métodos superficiales tendríamos que concluir que Napoleón no existió o que el filósofo Descartes tampoco fue un personaje histórico. Lo primero lo "demostraron", siguiendo el puro método crítico exteriorista, R. Whately en su "Historic doubts relative to Napoleon", y J. B. Pères en "Comme quoi Napoleon n'a jamais existé". Lo segundo lo "probó" el propio I. H. Marrou, ante sus alumnos de Universidad.

Ahora nos damos cuenta de que "una individualidad histórica no la comprendo, sino cuando la realizo viviente en mi inteligencia, y no como hacen los niños cuando rompen el reloj para encontrar la vida que está en él" (J. Hours, Valeur de l'histoire. Editorial P. U. F., 1960). El gran filósofo Dilthey vio claramente el fracaso que supone para el conocimiento histórico humano "la superstición que guía a los historiadores en su trabajo, queriendo extraer la materia bruta, que es lo singular, sometiéndola a un trabajo de alquimia para conseguir el oro puro de las abstracciones" (Dilthey-Introduction à l'étude des Sciences humaines).

Si existe un Cristo de la fe, como el que se evidencia en el Evangelio, es porque como substrato hay un Jesús histórico que fundamenta claramente aquella creencia. Y sin separar ambos aspectos, podemos en alguna manera descubrir a este Jesús histórico viviendo tras el Cristo de la fe. Y hay distintos accesos para alcanzarle, de los que trataré en próximo artículo. Lo que tampoco es posible en historia es un estudio abstracto de las causas que influyeron en esta historia de los hombres, porque "la noción de causa... es difícilmente utilizable en el conocimiento histórico" (I. H. Marrou, o. c.). Aparte de que la filosofía de las causas está en total crisis en el mundo de hoy. Lo real es demasiado complejo para ser abarcado con criterios simplificadoros de la vida, y solamente con un trabajo paciente y persistente podemos llegar a intuirlo en forma parcial. Por eso si bien podemos conocer algo vital en el personaje Jesús, lo que no podemos escribir nunca es una vida completa y circunstanciada o un análisis abstracto de las causas que constituyeron el cristianismo, co-co si el personaje vivo fuese secundario.

Esto es lo que descubren hoy los cristianos en el Evangelio, como hace el teólogo católico, José P. Miranda, en su reciente obra, traducida al castellano, Marx y la Biblia. ■